



## Vigilia Pascual 2016

1. En el Evangelio de esta noche pascual, encontramos primero a las mujeres que van al sepulcro de Jesús, con aromas para ungir su cuerpo (cf Lc 24,1-3), según era costumbre hacer con los seres queridos difuntos. Eran María la Magdalena, Juana y María, la de Santiago. Las tres habían escuchado a Jesús, se habían sentido aceptadas y queridas, y habían encontrado en su persona y enseñanza un camino nuevo para su vida. Por ello le habían seguido desde Galilea a Jerusalén, le habían ayudado con sus bienes y lo habían acompañado hasta el final, junto a la cruz en el Calvario.

Entre ellas recibe una especial relevancia María Magdalena. Había sido liberada por Jesús de “siete demonios” (Mc 16,9; Lc 8, 2). Los evangelios no lo dicen, pero la tradición ha identificado a Magdalena con la mujer pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó después con su cabellera (cf Lc 7, 37-38): la mujer de la que dijo Jesús: “*sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho*” (Lc 7, 47).

Podemos imaginar sus sentimientos cuando van a la tumba: tristeza, dolor y desconsuelo por la forma en que había terminado la historia de Jesús. Ahora solo les quedaba volver a la vida de antes. Pero en las tres mujeres permanecía el amor; y es el amor a Jesús lo que les impulsa a ir al sepulcro.

En el sepulcro se encuentran algo totalmente inesperado, una nueva sorpresa que terminará de transformar su vida: ven corrida la piedra del sepulcro, se acercan, y no encuentran el cuerpo del Señor. Esto las deja perplejas y llenas de preguntas: ¿Qué es lo que ha sucedido?, ¿qué sentido tiene el sepulcro vacío? (cf Lc 24,4). Es comprensible su miedo ante esta nueva sorpresa de Dios.

También nosotros, como tantas otras personas de hoy, podemos sentirnos llenos de dudas y preguntas ante la cruz de Jesús y su sepulcro vacío. Son en el fondo dudas y preguntas sobre nuestra propia muerte y sobre la posibilidad de la resurrección y la vida eterna. Y también pueden ser vacilaciones e inseguridades que acompañan al cansancio, la decepción y la tristeza por el peso de nuestros pecados, que no conseguimos superar. No nos cerremos a la novedad que, por sorpresa, Dios quiere traer a nuestras vidas. No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza; acerquémonos esta noche al sepulcro vacío con firme esperanza. No hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

2. Dios mismo, a través de dos mensajeros revestidos ya con la luz refulgente del Resucitado, nos da la misma respuesta que dio a aquellas mujeres: “***¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado***” (Lc 24,5-6). Dar fe a este mensaje, y creer a otros testigos de la resurrección, lleva a la experiencia personal del encuentro con Jesús Resucitado en la propia vida. Y así, el Señor nos cambia totalmente



Carlos López Hernández

la vida. Ya nada es como antes, no sólo en la vida de aquellas mujeres, sino también en nuestra vida y en la historia de la humanidad. Jesús no está muerto, ha resucitado, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf Nm 14,21-28; Dt 5,26, Jos 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro, Jesús es el “hoy” eterno de Dios. Así, la resurrección de Jesús, el mismo Jesús resucitado en persona, se presenta ante los ojos de las mujeres, de los discípulos, y de todos nosotros como la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje de vida plena y gozosa para todos nosotros. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Amor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura..., y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Aceptemos entonces que Jesús Resucitado entre en la vida de cada uno, abrámosle las puertas como a un amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si a veces hemos estado lejos de él, demos un pequeño paso hacia su encuentro: nos acogerá con los brazos abiertos. Si hemos sido un tanto indiferentes, aceptemos el riesgo y no quedaremos decepcionados. Si nos parece difícil seguirlo, no tengamos miedo, confiemos en él, tengamos la seguridad de que él está cerca, con cada uno de nosotros, y nos dará la paz y la alegría que buscamos y la fuerza para vivir como él quiere.

3. Las mujeres se encuentran con la novedad de Dios: Jesús ha resucitado, es el Viviente. Pero ante la tumba vacía y los dos hombres con vestidos resplandecientes, su primera reacción es de temor: estaban “con las caras mirando al suelo”, no tenían ni siquiera valor para mirar. Pero al escuchar el anuncio de la Resurrección, la reciben con fe. Y los dos hombres con vestidos resplandecientes las invitan a una actitud fundamental, expresada con verbo en imperativo hasta entonces no usado: “Recordad”. **“Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea... Y recordaron sus palabras”** (Lc 24,6.8). Es la invitación a **hacer memoria** del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; este recordar con amor la experiencia con el Maestro, es lo que hace que las mujeres superen todo temor y que lleven la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros (cf. Lc 24,9). Hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros; hacer memoria del camino recorrido hacia Dios y con él abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas.

4. En esta Vigilia hemos contemplado cómo la acción de Dios en la historia de la humanidad y en la historia de su pequeño pueblo elegido ha abierto una senda de luz y salvación en medio de las tinieblas y el mal del mundo. Es un anuncio anticipado de la obra de salvación que Dios ha realizado y quiere seguir realizando en la vida de cada uno de nosotros. Al hacer memoria de esta historia sagrada encontramos pruebas de la fidelidad y misericordia eterna de Dios, que podemos descubrir también presentes en cada una de nuestras historias personales, y damos gracias a Dios por ello. En esta noche pascual nos unimos todos de forma especial a nuestra hermana ... que va a ser bautizada. Confesamos con ella la fe en Cristo Resucitado, que ha salido a su encuentro



Carlos López Hernández

para compartir ya siempre su vida con ella, para ser su camino, su verdad y su vida. La acogemos gozosos en la comunidad de hermanos en Cristo, y damos gracias a Dios con ella por la vida nueva en el Espíritu que el Señor le regala en el bautismo y la confirmación. Anhelamos compartir siempre con ella la misión de ser testigos de la alegría del Evangelio de Jesucristo en medio del mundo.

5. En esta Noche de luz, invocando la intercesión de la Virgen María, que guardaba todas las cosas de Jesús en su corazón (cf Lc 2,19.51), pidamos al Señor que nos haga partícipes de su resurrección: nos abra a su novedad que transforma, a las sorpresas de Dios, tan bellas; que nos haga hombres y mujeres capaces de hacer memoria de lo que él hace en nuestra historia personal y la del mundo; que nos haga capaces de sentirlo como el Viviente, vivo y actuando en medio de nosotros; que nos enseñe cada día a no buscar entre los muertos a Aquel que vive.

Salamanca, 26 de Marzo de 2016